

## 1

Ojalá Giovanni me besara.

Uf, pero por muchos motivos, es una idea descabellada. Para empezar, Giovanni tiene diez años menos que yo y —como la mayoría de los veinteañeros italianos— aún vive con su madre. Esto basta para convertirlo en un compañero sentimental bastante improbable, dado que yo soy una estadounidense entrada en la treintena, que acaba de salir de un matrimonio fallido y un divorcio tan interminable como devastador, seguido de una veloz historia de amor que acabó en una tristísima ruptura. Estas pérdidas, una detrás de otra, me han hecho sentir triste y frágil y como si tuviera unos siete mil años, más o menos. Aunque sólo sea por una cuestión de principios, no estoy dispuesta a imponer mi personaje patético y destrozado al maravilloso e inocente Giovanni. Y por si eso fuera poco, al fin he llegado a esa edad en que una mujer se empieza a plantear si recuperarse de perder a un hombre joven y guapo de ojos castaños consiste en llevarse a otro a la cama cuanto antes. Por eso llevo sola tantos meses ahora. Por eso, de hecho, he decidido pasar este año entero en el celibato.

Ante esto un observador sagaz podría preguntar: «Entonces, ¿por qué has venido nada menos que a Italia?».

A lo cual sólo puedo responder, sobre todo cuando miro al guapo Giovanni, que está sentado al otro lado de la mesa: «Una pregunta excelente».

Giovanni es mi pareja de «Intercambio Tándem», cosa que puede sonar insinuante, pero por desgracia no lo es. Lo que significa es que nos reunimos un par de tardes aquí, en Roma, para practicar nuestros idiomas respectivos. Primero hablamos en

italiano y él tiene paciencia conmigo; luego hablamos en inglés y yo tengo paciencia con él. Descubrí a Giovanni cuando apenas llevaba unas semanas en Roma gracias a ese gigantesco cibercafé que hay en la piazza Barbarini frente a esa fuente que consiste en un erótico tritón con una caracola entre los labios a modo de trompeta. Él (Giovanni, no el tritón) había dejado una nota en el tablón de anuncios explicando que un italiano nativo buscaba un estadounidense nativo para poder practicar idiomas. Justo al lado de su nota había otra con el mismo texto, idéntico en todo, palabra por palabra, hasta en la letra. La única diferencia eran los datos de contacto. Una de las notas daba una dirección de correo electrónico de un tal Giovanni; la otra mencionaba a un hombre llamado Dario. Pero hasta el teléfono fijo que daban era el mismo.

Empleando mi aguda intuición, les envié el mismo correo electrónico a los dos, preguntándoles en italiano: «¿Sois hermanos, quizá?».

Fue Giovanni quien me respondió con este mensaje tan provocativo (como dicen los italianos): «Mejor todavía. ¡Somos gemelos!».

Pues sí. Mucho mejor. Resultó que eran dos gemelos idénticos de 25 años; altos, morenos, guapos y con esos enormes ojos castaños que tienen los italianos, que parecen líquidos por el centro y que a mí me hacen perder el norte. Después de conocer a los dos chicos en persona empecé a pensar si no debería replantearme la idea de pasar todo ese año en el celibato. Por ejemplo, podía seguir totalmente célibe, pero tener como amantes a un par de hermosos gemelos italianos de 25 años. Hecho que me recordaba vagamente a una amiga mía que es vegetariana pero come beicon, aunque... De pronto me vi escribiendo uno de esos relatos para la revista *Penthouse*:

«En la penumbra de las titilantes velas del café romano era imposible saber de quién eran las manos que acariciaban...».

Pero no.

No y no.

Interrumpí la fantasía bruscamente. No era el momento adecuado para andar buscando amores que complicaran aún más mi ya enrevesada vida (cosa que iba a suceder de todas formas). Era el momento de buscar esa paz terapéutica que sólo se encuentra en soledad.

El caso es que a estas alturas, a mediados de noviembre, el tímido y estudioso Giovanni y yo nos hemos hecho muy buenos amigos. En cuanto a Dario —el hermano más ligón y presumido de los dos—, le he presentado a mi querida amiga sueca Sofie y de sus tardes en Roma sólo diré que eso sí es un «Intercambio Tándem» y lo demás son tonterías. En cambio, Giovanni y yo sólo hablamos. Es decir, comemos y hablamos. Llevamos ya muchas semanas agradables comiendo y hablando, compartiendo pizzas y pequeñas correcciones gramaticales, y esta noche no ha sido una excepción. Una hermosa velada a base de nuevos modismos y mozzarella fresca.

Ahora es medianoche, hay niebla, y Giovanni me está acompañando a casa, a mi apartamento del centro, en un barrio de callejones dispuestos orgánicamente en torno a los clásicos edificios romanos, como una red de pequeños afluentes serpenteando entre bosquecillos de cipreses. Ahora estamos delante de mi puerta. Nos miramos. Giovanni me da un abrazo cariñoso. Esto es todo un avance; durante las primeras semanas se limitaba a darme la mano. Creo que si pasara tres años más en Italia el chico acabaría atreviéndose a besarme. Aunque, bien mirado, podría darle por besarme ahora mismo, esta noche, aquí mismo, delante de mi puerta... Aún hay una posibilidad... porque nuestros cuerpos están tan pegados uno al otro y a la luz de la luna... y está claro que sería un error tremendo... pero sigue siendo maravilloso pensar que pudiera atreverse ahora mismo... que le diera por inclinarse hacia mí... y... y...

Pero no.

Tras abrazarme se aparta de mí.

—Buenas noches, mi querida Liz —me dice.

—*Buona notte, caro mio* —le contesto.

Subo las escaleras hasta mi apartamento del cuarto piso, sola. Abro la puerta de mi estudio diminuto, sola. Una vez dentro cierro la puerta. Otra noche solitaria en Roma. Me espera otra larga noche durmiendo, sin nada ni nadie con quien compartir la cama salvo un montón de glosarios y diccionarios de italiano.

Estoy sola; estoy completamente sola. Estoy más sola que la una.

Una vez asimilado el hecho, deajo caer el bolso, me pongo de rodillas y apoyo la frente en el suelo. En esta postura ofrezco al universo una sentida oración de agradecimiento.

Primero en inglés.

Después en italiano.

Y por último... por si no ha quedado claro... en sánscrito.

## 2

Y como ya estoy en el suelo en actitud suplicante, permitidme que me quede así mientras retrocedo en el tiempo hasta tres años antes de que empezara toda esta historia, hasta un momento en el que estaba yo exactamente en la misma postura: de rodillas en el suelo, rezando.

En la escena de hace tres años todo lo demás era distinto, eso sí. En aquella ocasión no estaba en Roma, sino en el cuarto de baño del piso de arriba de la enorme casa que me acababa de comprar con mi marido en las afueras de Nueva York. Estábamos en noviembre, hacía frío y eran como las tres de la mañana. Mi marido dormía en nuestra cama. Yo ya llevaba como cuarenta y siete noches consecutivas escondiéndome en el cuarto de baño y —exactamente igual que en las noches anteriores— estaba llorando a moco tendido. Llorando tanto, de hecho, que en las baldosas del suelo del cuarto de baño se estaba formando un enorme lago de lágrimas y mocos, un auténtico lago Inferior (por así decirlo) formado por las aguas de mi vergüenza, mi miedo, mi confusión y mi tristeza.

Ya no quiero estar casada.

Estaba haciendo todo lo posible por no enterarme del tema, pero la verdad se me aparecía con una insistencia cada vez mayor.

Ya no quiero estar casada. No quiero vivir en esta casa tan grande. No quiero tener un hijo.

Pero lo normal era querer tener un hijo. Tenía 31 años. Mi marido y yo —que llevábamos ocho años juntos, seis casados— habíamos basado nuestra vida en la idea compartida de que a los 30 seríamos los dos unos vejestorios y yo querría sentar la cabeza y tener hijos. Para entonces, pensábamos, me habría hartado de viajar y estaría encantada de vivir en una casa enorme con mucho ajetreo, niños, colchas hechas a mano, un jardín en la parte de atrás y un buen guiso borboteando en la cocina. (El hecho de que éste sea un retrato bastante fiel de mi madre indica lo mucho que me costaba entonces deslindarme de la poderosa mujer que me había criado.) Pero descubrí —y me quedé atónita— que yo no quería lo mismo que ella. En mi caso, al rebasar la veintena y ver que los 30 se acercaban como una pena de muerte, me di cuenta de que no quería quedarme embarazada. Estaba convencida de que me iban a entrar ganas de tener un hijo, pero nada. Y sé lo que es empeñarse en algo, creedme. Sé bien lo que es tener una necesi-

dad perentoria de hacer una cosa. Pero yo no la tenía. Es más, no hacía más que pensar en lo que me había dicho mi hermana un buen día mientras daba el pecho a su primer retoño: «Tener un hijo es como hacerse un tatuaje en la cara. Antes de hacerlo tienes que tenerlo muy claro».

Pero a esas alturas ¿cómo iba a echarme atrás? Todas las piezas encajaban. Ese año era el perfecto. De hecho, llevábamos varios meses intentando preñarnos. Pero no pasaba nada (aparte de que —en una especie de parodia sarcástica de un embarazo— yo tenía náuseas psicósomáticas y vomitaba el desayuno todas las mañanas). Y todos los meses, cuando me venía el periodo, susurraba a escondidas en el cuarto de baño: «Gracias, gracias, gracias, gracias por concederme otro mes de vida...».

Me decía a mí misma que lo mío era normal. Seguro que a todas las mujeres que querían quedarse embarazadas les pasaba lo mismo, decidí. («Ambivalente» era la palabra que usaba, huyendo de una descripción mucho más precisa: «totalmente aterrorizada».) Quería convencerme de que lo que me pasaba era típico pese a las abundantes pruebas en contra; como la amiga con la que me había encontrado la semana anterior, que se había quedado embarazada por primera vez después de dejarse una fortuna en tratamientos de fertilidad durante dos años. Estaba entusiasmada. Había querido ser madre toda su vida, me dijo. Y me confesó que llevaba años comprando ropa de bebé a escondidas y metiéndola debajo de la cama para que no la viera su marido. Vi la alegría en su rostro y la reconocí. Era exactamente la misma alegría que había iluminado mi rostro la primavera pasada, el día en que descubrí que la revista para la que trabajaba me iba a mandar a Nueva Zelanda para escribir un reportaje sobre el calamar gigante. Y pensé: «Mientras tener un hijo no me haga tan feliz como irme a Nueva Zelanda a investigar el calamar gigante, no puedo tener un hijo».

Ya no quiero estar casada.

De día lograba no pensar en ello, pero de noche me obsesionaba. Menuda catástrofe. ¿Cómo podía ser tan imbécil y tan jeta de haberme involucrado hasta ese punto en mi matrimonio para acabar separándome? Si sólo hacía un año que habíamos comprado la casa. ¿O es que no me había gustado irme a una casa tan bonita? ¿O es que no era yo la primera a la que le encantaba? Entonces, ¿por qué la recorría medio sonámbula todas las noches, aullando como Medea? ¿O es que no estaba orgullosa de todo lo que había-

mos acumulado, de la magnífica casa del valle del Hudson, del apartamento en Manhattan, de las ocho líneas de teléfono, de los amigos, los picnics y las fiestas, de pasar los fines de semana paseando por los pasillos de nuestra tienda de lujo preferida, comprando el enésimo electrodoméstico a crédito? Si yo había participado activamente, segundo a segundo, en la construcción de nuestra vida, ¿por qué me daba la sensación de que el tema no tenía nada que ver conmigo? ¿Por qué me abrumaba tanto la responsabilidad? ¿Y por qué estaba harta de ser la que más dinero ganaba y la coordinadora social y la que paseaba al perro y la esposa y la futura madre y —a ratos, en momentos robados— la escritora...?

Ya no quiero estar casada.

Al otro lado de la pared mi marido dormía en nuestra cama. Lo quería y no lo aguantaba, a partes iguales. Pero no podía despertarlo para contarle mis penas... ¿De qué serviría? Ya llevaba meses viéndome desmoronarme, viéndome comportarme como una demente (los dos usábamos esa palabra) y lo tenía agotado. Ambos sabíamos que a mí me pasaba algo y él estaba cada vez más harto del tema. Habíamos discutido y llorado y estábamos exhaustos como sólo puede estarlo una pareja cuyo matrimonio se está cayendo a trozos. Teníamos la mirada de un refugiado.

Los numerosos motivos por los que ya no quería ser la esposa de ese hombre son demasiado tristes y demasiado íntimos para enumerarlos aquí. Mis problemas tenían mucho que ver en el asunto, pero una buena parte de nuestras dificultades estaban relacionadas con temas suyos también. Es natural; al fin y al cabo en un matrimonio hay dos personas: dos votos, dos opiniones, dos bandos opuestos de decisiones, deseos y limitaciones. Pero tampoco pretendo convencer a nadie de que yo sea capaz de dar una versión objetiva de nuestra historia, de modo que la crónica de nuestro matrimonio fallido se quedará sin contar en este libro. Tampoco mencionaré aquí todos los motivos por los que sí quería seguir siendo su esposa, ni lo maravilloso que era, ni por qué le quería y era incapaz de imaginar la vida sin él. No voy a compartir nada de eso. Basta con decir que, en esa noche concreta, él seguía siendo tanto mi faro como mi albatros. Lo único que me parecía tan impensable como irme era quedarme. No quería destrozar nada ni a nadie. Sólo quería marcharme silenciosamente por la puerta de atrás, sin ningún jaleo ni secuela, y no parar de correr hasta llegar a Groenlandia.

Esta parte de mi historia no es alegre, lo sé. Pero la menciono aquí porque en el suelo de ese cuarto de baño estaba a punto de ocurrir algo que cambiaría para siempre la progresión de mi vida, casi como uno de esos increíbles momentos astronómicos en que un planeta gira sobre sí mismo en el espacio, sin ningún motivo aparente, y su núcleo fundido se desplaza, reubicando sus polos y alterando radicalmente su forma, de modo que la forma del planeta se hace oblonga de golpe, dejando de ser esférica. Pues algo así.

Lo que sucedió fue que empecé a rezar.

Vamos, que me dio por hablar con Dios.

### 3

En eso era una auténtica novata. Y como es la primera vez que saco esa palabra tan fuerte —DIOS— en este libro, pero es una palabra que va a salir muchas veces en estas páginas, parece lógico que me detenga aquí durante un momento para explicar exactamente a qué me refiero cuando empleo esa palabra, para que la gente pueda decidir cuanto antes si se van a ofender mucho o poco.

Dejando para después el debate sobre si Dios existe (no, mejor todavía: vamos a saltarnos el tema del todo), dejadme aclarar primero por qué uso la palabra Dios cuando podría usar perfectamente las palabras Jehová, Alá, Siva, Brahma, Visnú o Zeus. Por otra parte, también podría llamar a Dios «Eso», tal como hacen las sagradas escrituras sánscritas, pues se acerca bastante a esa entidad integral e innombrable que he experimentado en algunas ocasiones. Pero ese «Eso» me parece impersonal —un objeto, no un ente— y, en cuanto a mí se refiere, soy incapaz de rezar a un «Eso». Necesito un nombre propio para apreciar debidamente esa sensación de asistencia personal. Por ese mismo motivo, al rezar no dirijo mis plegarias al Universo, ni al Gran Espacio, la Fuerza, el Ser Supremo, el Todo, el Creador, la Luz, el Altísimo, ni tampoco a la versión más poética del nombre de Dios, que procede, según tengo entendido, de los evangelios apócrifos: «La Sombra de la Mudanza».

No tengo nada en contra de ninguno de estos términos. Me parecen todos iguales, porque todos son descripciones, adecuadas o inadecuadas, de lo indescriptible. Pero es cierto que cada uno de nosotros necesita dar un nombre funcional a este ente indescrip-

tible y, como «Dios» es el nombre que a mí me resulta más cercano, es el que uso. También he de confesar que suelo referirme a Dios como «Él», cosa que no me preocupa, porque lo considero sólo un práctico pronombre personal, no una descripción anatómica precisa, ni una causa revolucionaria. Por supuesto, me parece bien que determinadas personas se refieran a Dios como «Ella», y comprendo su necesidad de hacerlo. Repito que, para mí, ambos términos son equiparables, igual de adecuados o inadecuados. Lo que sí creo es que poner en mayúsculas el pronombre que se emplee es un buen detalle, una pequeña deferencia ante la divinidad.

Culturalmente, aunque no teológicamente, soy cristiana. Nací en el seno de la comunidad protestante de la cultura anglosajona blanca. Y pese a amar a ese gran maestro de la paz que fue Jesucristo, y reservándome el derecho a plantearme qué hubiera hecho Él en ciertas situaciones complicadas, soy incapaz de tragarme ese dogma cristiano de que Cristo es la *única* vía para llegar a Dios. En sentido estricto no puedo considerarme cristiana. La mayoría de los cristianos que conozco aceptan mis opiniones sobre este tema con generosidad y tolerancia. Aunque, a decir verdad, la mayoría de los cristianos que yo conozco son poco estrictos. En cuanto a los que tienen ideas más estrictas (a mi modo de ver), lo único que puedo hacer aquí es disculparme por cualquier posible ofensa y comprometerme a no inmiscuirme en sus asuntos.

Invariablemente, me he identificado con los místicos transcendentales de todas las religiones. Siempre me ha producido una profunda emoción oír decir a alguien que Dios no vive en un texto dogmático, ni en un distante trono en los cielos, sino que convive estrechamente con nosotros, mucho más próximo de lo que podríamos pensar, sensible a las zozobras humanas. Doy las gracias a cualquiera que, tras viajar al centro de un corazón humano, haya regresado al mundo para informarnos de que Dios es *una experiencia de amor supremo*. En todas las tradiciones religiosas que se conocen siempre ha habido santos místicos y transcendentales que narran exactamente esta experiencia. Por desgracia muchos de ellos acabaron en la cárcel o murieron asesinados. Aun así, los admiro profundamente.

Dicho todo esto, lo que pienso hoy de Dios es muy sencillo. Pondré un ejemplo para explicarlo: yo tenía una perra fantástica. La había sacado de la perrera municipal. Era una mezcla de unas



diez razas distintas, pero parecía haber heredado los mejores rasgos de todas ellas. Era de color marrón. Cuando la gente me preguntaba: «¿De qué raza es?», siempre les contestaba lo mismo: «Es una perra marrón». Asimismo, cuando me preguntan «¿Tú en qué Dios crees?», mi respuesta es sencilla: «Creo en un Dios grandioso».

## 4

Obviamente, he tenido tiempo de sobra para formular mis opiniones sobre la divinidad desde aquella noche en que, tirada en el suelo del cuarto de baño, hablé directamente con Dios por primera vez. Aunque en aquella sombría crisis de noviembre lo que pretendía no era forjarme una doctrina teológica. Lo único que quería era salvar la vida. Por fin había caído en la cuenta de que mi desesperación era tan profunda que mi vida estaba en peligro y de pronto pensé que, en semejantes circunstancias, la gente a veces pide ayuda a Dios. Si mal no recuerdo, lo había leído en algún libro.

Lo que le dije a Dios entre sollozo y sollozo fue más o menos esto: «Hola, Dios. ¿Qué tal? Soy Liz. Encantada de conocerte».

Pues sí. Estaba hablando con el creador del universo como si acabaran de presentarnos en un cóctel. Pero en esta vida usamos lo que conocemos y éstas son las palabras que siempre empleo al comienzo de una amistad. De hecho, tuve que contenerme para no decirle:

—Siempre he sido una gran admiradora de tu obra...

—Siento molestarte a estas horas de la noche —continué—. Pero tengo un problema serio. Y me disculpo por no haberme dirigido a ti directamente hasta ahora, aunque sí espero haber sabido agradecerte debidamente las muchas bendiciones que me has concedido en esta vida.

Esta idea me hizo llorar aún más. Dios me había esperado pacientemente. Logré tranquilizarme lo suficiente como para seguirle hablando:

—No soy experta en rezar, como ya sabrás. Pero, por favor, ¿puedes ayudarme? Necesito ayuda desesperadamente. No sé qué hacer. Necesito una respuesta.

Me recuerdo suplicando como quien pide que le salven la vida. Y no había manera de dejar de llorar.

Hasta que... así, de repente... se acabó.

De repente, de un momento para otro, me di cuenta de que ya no estaba llorando. De hecho, había dejado de llorar en mitad de un sollozo. Me había quedado totalmente vacía de sufrimiento, como si me lo hubieran aspirado. Levanté la frente del suelo y me quedé ahí sentada, sorprendida y casi esperando encontrarme ante el Gran Ser que se había llevado mis lágrimas. Pero no había nadie. Estaba yo sola. Aunque no estaba sola del todo. Me rodeaba algo que sólo puedo describir como una bolsa de silencio, un silencio tan extraordinario que no me atrevía a soltar aire por la boca, no fuera a asustarlo. Estaba completamente invadida por la quietud. Creo que en mi vida había sentido semejante quietud.

Entonces oí una voz. Por favor, que nadie se asuste. No era una voz hueca como la de Charlton Heston haciendo de personaje sacado del Viejo Testamento, ni una voz de esas que te dicen que te hagas un campo de béisbol en el jardín. Era mi propia voz, ni más ni menos, hablándome desde dentro. Pero era una versión de mi propia voz que yo no había oído nunca. Era mi voz, pero absolutamente sabia, tranquila y compasiva. Era como sonaría mi voz si yo hubiera logrado experimentar el amor y la seguridad alguna vez en mi vida. ¿Cómo podría describir el tono cariñoso de aquella voz que me dio la respuesta que sellaría para siempre mi fe en la divinidad?

La voz dijo: *Vuélvete a la cama, Liz.*

Solté aire.

De pronto vi con una claridad meridiana que eso era lo único que podía hacer. Ninguna otra respuesta me habría valido. No me habría podido fiar de una voz atronadora que me dijese: *¡Tienes que divorciarte de tu marido!* o *¡No puedes divorciarte de tu marido!* Eso no tiene nada que ver con la sabiduría verdadera. La auténtica sabiduría te da una única respuesta posible para cada situación y, aquella noche, volver a meterse en la cama era la única respuesta posible. *Vuelve a meterte en la cama*, porque te quiero. *Vuelve a meterte en la cama*, porque de momento lo que tienes que hacer es descansar y cuidarte hasta que des con una solución. *Vuelve a meterte en la cama* para que, cuando llegue la tempestad, tengas fuerzas para enfrentarte a ella. Y la tempestad llegará, querida. Muy pronto. Pero esta noche no.

Por tanto:

*Vuélvete a la cama, Liz.*

Por una parte, este pequeño incidente tenía todos los visos de la típica experiencia de conversión cristiana: la soledad de las tinieblas del alma, la petición de ayuda, la voz que responde, la sensación de transformación. Pero, en mi caso, no puedo decir que aquello fuese una *conversión* religiosa, al menos en el sentido tradicional de renacer o salvarse. Lo que sucedió aquella noche lo considero más bien el comienzo de una *conversación* religiosa. Las primeras palabras de un diálogo abierto y exploratorio que acabarían, en última instancia, acercándome enormemente a Dios.

## 5

De haber sabido que las cosas —como dijo Lily Tomlin en una ocasión— se iban a torcer mucho antes de torcerse del todo, no sé si habría logrado dormir mucho aquella noche. El caso es que después de pasar por siete meses muy complicados acabé dejando a mi marido. Cuando por fin tomé esa decisión, creí que lo peor había pasado ya. Hecho que demuestra lo poco que sabía de divorcios por aquel entonces.

En la revista *The New Yorker* publicaron una viñeta que viene a cuento. Salen dos mujeres hablando y una le dice a la otra: «Si quieres conocer a una persona a fondo, divórciate de ella». Huelga decir que a mí me pasó todo lo contrario. Yo diría que, si quieres DEJAR DE CONOCER a una persona a fondo, divórciate de ella. O de él, mejor dicho, porque eso es lo que nos pasó a mi marido y a mí. Yo creo que nos escandalizamos mutuamente al ver lo deprisa que pasamos de ser la pareja que mejor se conocía del mundo a ser el par de desconocidos más mutuamente incomprensibles que se había visto jamás. En el fondo de esa extravagancia estaba el hecho abismal de que los dos estábamos haciendo algo que a la otra persona le parecía inconcebible: a él jamás se le pasó por la cabeza que yo fuese a dejarlo y a mí ni se me había pasado por la imaginación que él me lo fuera poner tan difícil.

Cuando me separé de mi marido, estaba sinceramente convencida de que podríamos solucionar nuestros asuntos prácticos en cuestión de horas con una calculadora, un poco de sentido común y la correspondiente buena voluntad hacia una persona a quien se ha querido. Mi primera propuesta fue que vendiéramos la casa y nos lo repartiéramos todo equitativamente; jamás se me pasó por

la cabeza que aquello pudiera hacerse de otra manera. Pero a él eso no le pareció justo, así que mejoré mi oferta. ¿Qué le parecía quedarse con todo y echarme a mí la culpa de todo? Pero esa propuesta tampoco solucionó el tema. Al llegar a ese punto, me quedé desconcertada. ¿Cómo se negocia después de haberlo ofrecido todo? No me quedaba otra que esperar a que me hiciera una contraoferta. Me sentía tan culpable de haberlo abandonado que no me creía con derecho a quedarme ni la calderilla de todo el dinero que había ganado durante la última década. Además, la espiritualidad que acababa de descubrir me exigía huir de todo enfrentamiento. Por tanto, mi postura era la siguiente: ni me iba a defender de él ni me iba a enfrentar a él. Durante mucho tiempo, desoyendo el consejo de todos los que me querían, me negué incluso a consultar a un abogado, pues hasta eso me parecía una actitud beligerante. Estaba empeñada en llevar el tema tipo Gandhi. Había decidido ir de Nelson Mandela por la vida. Lo que no me había parado a pensar era que tanto Gandhi como Mandela eran *abogados*.

Y los meses fueron pasando. Mi vida estaba en el limbo mientras esperaba a que me dejaran marchar, pendiente de cómo iban a ser los términos del acuerdo. Estábamos separados de hecho (él se había mudado a nuestro apartamento de Manhattan), pero no había nada resuelto. Trabajábamos a trancas y barrancas, teníamos la casa abandonada, las facturas se iban acumulando y mi marido rompía su silencio sólo para mandarme algún que otro mensaje recordándome que ser tan imbécil como yo debería ser ilegal.

Pero, además, estaba lo de David.

La retahíla de complicaciones y traumas de aquellos siniestros años del divorcio se vio multiplicada por el drama de David, el tío del que me enamoré justo cuando decidí poner fin a mi matrimonio. ¿He dicho que me enamoré de David? Lo que quería decir es que salí a gatas de mi matrimonio y caí en brazos de David, como una acróbata de circo que salta de un trampolín, cae dentro de un pequeño vaso de agua y desaparece. En plena fuga matrimonial me agarré a David como si fuese el último helicóptero de Saigón. Volqué en él todas mis esperanzas de salvación y felicidad. Y, sí, me enamoré de él. Pero, si pudiese usar una palabra más fuerte que «desesperadamente» para describir cómo quería a David, la usaría, porque el «amor desesperado» siempre es el más bestia.

Nada más dejar a mi marido me fui directamente a vivir con David. Era —es— un joven muy guapo. Nacido en Nueva York, es

actor y escritor, con unos enormes ojos castaños como los de los italianos, que parecen líquidos por el centro y que a mí (¿lo he dicho ya?) me hacen perder el norte. Con mucha calle, independiente, vegetariano, mal hablado, espiritual, seductor. Un yogui rebelde, un poeta de Yonkers. Un aficionado al béisbol, un hombre sexy y hecho a sí mismo. Tenía que darme pellizcos para creérmelo. Era demasiado. O eso me parecía a mí. Cuando se lo describí por primera vez a mi buena amiga Susan, vio los colores que me habían salido en las mejillas y me dijo: «Vaya por Dios. Me huelo complicaciones, ricura».

David y yo nos conocimos cuando él trabajaba en una obra basada en unos cuentos míos. Representaba un personaje inventado por mí, cosa bastante significativa. En los casos de amor desesperado siempre pasan estas cosas, ¿no? El amor desesperado consiste en inventarse un personaje, exigir a la persona amada que lo represente y hundirnos en la miseria cuando se niega a convertirse en ese ser de ficción.

Pero, ay, qué bien lo pasamos durante aquellos primeros meses en que él aún era mi héroe romántico y yo aún era su sueño viviente. Nunca había imaginado que pudiera existir tanta emoción y tanta compatibilidad. Nos inventamos un lenguaje propio. Hacíamos excursiones y nos perdíamos por las carreteras. Subíamos a pie, bajábamos a nado, organizábamos viajes por el mundo. Haciendo cola en el Departamento de Vehículos Motorizados nos divertíamos más que la mayoría de las parejas en su luna de miel. Nos pusimos el mismo mote, para que no hubiera diferencias entre nosotros. Nos marcamos metas; hicimos promesas y juramentos; salíamos mucho a cenar. Él me leía en voz alta y *me hacía la colada*. (La primera vez que me pasó llamé a Susan a contárselo asombrada, como si acabara de ver a un camello usando una cabina telefónica. Le dije: «¡Un hombre me ha hecho la colada! ¡Y me ha lavado a mano la ropa interior!». Y ella me repitió lo de «Vaya por Dios. Me huelo complicaciones, ricura».)

El primer verano de Liz y David era como el montaje cinematográfico de las escenas de enamoramiento de todas las películas de amor que se hayan visto, incluyendo lo de chapotear en la playa y correr por el campo dados de la mano bajo la tenue luz dorada del crepúsculo. Por aquel entonces yo todavía era tan ingenua como para pensar que mi divorcio podía ser amistoso, aunque había dicho a mi marido que se cogiera el verano libre pa-

ra que a los dos se nos enfriara la cabeza con el tema. La verdad es que me costaba visualizar tanto sufrimiento en medio de semejante felicidad. Pero ese verano (conocido como «la tregua») llegó a su fin.

El 9 de septiembre de 2001 me vi cara a cara con mi marido por última vez sin ser consciente de que todos nuestros futuros encuentros requerirían la presencia de un abogado para mediar entre nosotros. Fuimos a un restaurante a cenar. Yo intentaba hablar de nuestra separación, pero lo único que hacíamos era discutir. Él me llamó mentirosa y traidora y me dijo que me odiaba y que no pensaba volver a hablarme en su vida. Dos días después amanecí habiendo dormido mal y me enteré de que unos aviones secuestrados estaban lanzándose contra los edificios más altos de mi ciudad, como si todo lo que había parecido invencible se hubiese desmoronado, convirtiéndose en una avalancha de escoria candente. Llamé a mi marido para saber si estaba bien y lloramos espantados ante el horror, pero no fui a verlo. Durante aquella semana, cuando todos los habitantes de Nueva York olvidaron sus rencillas en deferencia a la magnitud de la tragedia, yo seguí sin reunirme con mi marido. Así fue como los dos nos dimos cuenta de que lo nuestro se había acabado de verdad.

No exagero mucho si digo que apenas pegué ojo en los siguientes cuatro meses.

Creía que ya había tocado fondo, pero en aquel momento (en consonancia con el aparente desplome del mundo entero) mi vida se hizo trizas. Se me cae la cara de vergüenza al recordar el calvario al que sometí a David durante esos meses que vivimos juntos, justo después del 11-S y de separarme de mi marido. Imaginad la sorpresa que se llevó al descubrir que la mujer más alegre y segura de sí misma que había conocido en su vida era en realidad —al quedarse sola— un turbio pozo sin fondo de sufrimiento. Igual que me había pasado antes, no podía parar de llorar. Fue entonces cuando él empezó a retroceder y cuando vi el lado oculto de mi apasionado héroe romántico, el David solitario como un naufrago, frío como un témpano, con más necesidad de espacio que una manada de bisontes americanos.

Es probable que la repentina espantada sentimental de David hubiera sido una catástrofe para mí incluso en la mejor de las circunstancias posibles, dado que soy el ente vivo más cariñoso del planeta (una especie de cruce entre un perro labrador y un perce-

be), pero es que aquélla era la peor de mis circunstancias. Abatida e insegura, necesitaba más mimos que una camada de trillizos prematuros. Su distanciamiento me hacía sentirme más necesitada y mi desamparo crecía conforme él se iba alejando, hasta verse en franca retirada, acribillado por mis lacrimógenos ruegos tipo «¿Adónde vas?» y «¿Qué ha sido de nosotros?».

(Consejo para las mujeres: A los hombres les ENCANTAN estas cosas.)

Lo cierto es que me había hecho adicta a David (en mi defensa debo decir que él lo había propiciado por ser una especie de *hombre fatal*) y ante su falta de atención cada vez mayor yo empecé a sufrir unas consecuencias fácilmente previsibles. La adicción es típica en todas las historias de amor basadas en el encaprichamiento. Todo comienza cuando el objeto de tu adoración te da una dosis embriagadora y alucinógena de algo que jamás te habías atrevido a admitir que necesitabas —un cóctel tóxico-sentimental, quizá, de un amor estrepitoso y un entusiasmo arrebatador—. Al poco tiempo empiezas a necesitar desesperadamente esa atención tan intensa con esa ansia obsesiva típica de un yonqui. Si no te dan la droga, tardas poco en enfermar, enloquecer y perder varios kilos (por no hablar del odio al camello que te ha fomentado la adicción, pero que ahora se niega a seguirte dando eso tan bueno, aunque sabes perfectamente que lo tiene escondido en algún sitio, maldita sea, porque *antes te lo daba gratis*). La fase siguiente es la de la escualidez y la temblequera en el rincón, sabiendo que venderías el alma o robarías a tus vecinos con tal de probar *eso* una sola vez más. Mientras tanto, a tu ser amado le repeles. Te mira como si no te conociera de nada, como si jamás te hubiera amado con una pasión fervorosa. Lo irónico del asunto es que no puedes echarle la culpa. Porque, vamos, mírate bien. Eres un asquito, un ser patético, casi irreconocible ante tus propios ojos.

Pues ya está. Ya has llegado al destino final del amor caprichoso: la más absoluta y despiadada devaluación del propio ser.

El hecho de poder escribir sobre ello tranquilamente a día de hoy es una prueba fehaciente del poder balsámico del tiempo, porque no me lo tomaba nada bien conforme me iba ocurriendo. Perder a David justo después de mi fracaso matrimonial y justo después del ataque terrorista a mi ciudad y justo después de la etapa más siniestra del divorcio (una experiencia que mi amigo Brian ha comparado con «sufrir un accidente de coche espantoso todos los

días durante unos dos años»)... En fin, que aquello fue sencillamente demasiado.

David y yo seguíamos teniendo arrebatos de diversión y compatibilidad de día, pero de noche, en su cama, yo me convertía en el único superviviente de un invierno nuclear conforme él se iba alejando de mí *a ojos vistas*, cada día un poco más, como si tuviera una enfermedad infecciosa. Acabé temiendo la noche como si fuese una cámara de tortura. Me quedaba ahí tumbada junto al cuerpo dormido de David, tan hermoso como inaccesible, y entraba en una espiral de soledad y pensamientos suicidas meticulosamente detallados. Me dolían todas y cada una de las partes del cuerpo. Me sentía como una especie de máquina primitiva llena de muelles y con una sobrecarga mucho mayor de la que era capaz de soportar, a punto de estallar llevándose por delante a todo el que se acercara. Imaginé mis miembros saliendo despedidos, separándose de mi torso con tal de huir del núcleo volcánico de infelicidad que era yo. Casi todas las mañanas David se despertaba y me veía adormilada en el suelo junto a su cama, sobre un montón de toallas, como un perro.

—¿Qué te pasa ahora? —me preguntaba él al verme.

Era el enésimo hombre al que había dejado totalmente extenuado.

Creo que en aquellos tiempos adelgacé algo así como quince kilos.

## 6

Ah, pero no *todo* fue malo durante aquellos años...

Como Dios nunca te da un portazo en la cara sin regalarte una caja de galletas de consolación (según dice un viejo refrán), también me pasaron cosas maravillosas entre las sombras de tanta tristeza. Para empezar, por fin empecé a aprender italiano. Además, conocí a un gurú indio. Y por último un anciano curandero me invitó a pasar un tiempo en su casa de Indonesia.

Lo explicaré cronológicamente.

Para empezar, las cosas comenzaron a animarse bastante cuando me fui de casa de David a principios de 2002 y me fui a vivir sola a un piso por primera vez en mi vida. Casi no tenía dinero para el alquiler, porque seguía pagando las facturas de nuestra casona de



las afueras —en la que ya no vivía nadie, pero que mi marido me prohibía vender— y procuraba tener al día todos los pagos de abogados y asesores... Pero para mi supervivencia era vital tener un apartamento de un dormitorio para mí sola. Lo consideraba casi un sanatorio, una clínica especializada en mi recuperación. Pinté las paredes de los colores más cálidos que encontré y me llevaba flores a mí misma todas las semanas, como si me fuera a visitar a un hospital. Mi hermana me regaló una bolsa de agua caliente cuando me mudé (para que no pasara frío al dormir sola) y dormía con ella abrazada al pecho todas las noches, como si me hubiera lesionado haciendo deporte.

David y yo nos habíamos separado del todo. O puede que no. Es difícil recordar la cantidad de veces que nos peleamos y reconciliamos durante aquellos meses. Pero acabamos desarrollando una pauta de conducta: me separaba de David, recuperaba el valor y la confianza en mí misma y entonces (atraído como siempre por mi valor y aplomo) se reavivaba la llama de su amor. Con los debidos respeto, sensatez e inteligencia hablábamos de la posibilidad de «volver», siempre basándonos en algún plan razonable para minimizar nuestras aparentes incompatibilidades. Estábamos totalmente decididos a solucionar el tema. Porque ¿cómo era posible que dos personas tan enamoradas no vivieran felices por siempre jamás? Aquello *tenía* que salir bien. ¿No? Unidos de nuevo por esta esperanza, pasábamos juntos unos días delirantemente felices. O, a veces, incluso varias semanas. Pero David acababa distanciándose de mí y yo me aferraba a él (o yo me aferraba primero y él salía huyendo; nunca logramos saber cómo empezaba la cosa) y acababa hecha polvo otra vez. Y, entonces, él acababa yéndose del todo.

Para mí, David era hierba gatera y criptonita.

Pero durante esos periodos que *sí* pasamos separados, por difícil que fuera, fui aprendiendo a vivir sola. Y esta experiencia me estaba haciendo cambiar por dentro. Había empezado a notar que —aunque mi vida aún parecía un accidente múltiple en la autovía de Nueva Jersey atascada— estaba dando los primeros pasos vacilantes como individuo autónoma. En los momentos en que dejaba de querer suicidarme por lo del divorcio o por el drama de David la verdad es que estaba bastante contenta de ver que mis días tenían una serie de compartimentos temporales y espaciales durante los que me podía hacer una pregunta así de radical: «¿Qué quieres hacer *tú*, Liz?».

La mayor parte del tiempo (aún intranquila por haber abandonado el barco del mi matrimonio) ni siquiera me atrevía a contestar a mi propia pregunta, pero el simple hecho de hacérmela me emocionaba en privado. Y cuando al fin empecé a responder, lo hice con una enorme cautela. Sólo me permitía a mí misma expresar necesidades mínimas, casi infantiles. Como, por ejemplo:

*Quiero meterme en una clase de yoga.*

*Quiero marcharme de esta fiesta pronto para poder irme a casa a leer una novela.*

*Quiero comprarme una caja de lápices.*

Y luego estaba esa extraña respuesta, la misma todas las veces:

*Quiero aprender a hablar italiano.*

Llevaba años queriendo saber italiano —un idioma que me parece más hermoso que una rosa—, pero nunca había dado con una buena justificación para ponerme a estudiarlo. ¿No sería más lógico perfeccionar el francés o el ruso que había estudiado hacía años? ¿O aprender español para poder comunicarme mejor con varios millones de mis compatriotas estadounidenses? ¿De qué me iba a servir saber *italiano*? Si me fuera a vivir a Italia, todavía. Pero, no siendo así, era más práctico aprender a tocar el acordeón.

Pero ¿por qué tiene que ser todo tan práctico? Llevaba años siendo una diligente *soldada* dedicada a trabajar, a producir, respetando todas las fechas de entrega, cuidando de mis seres queridos, atenta a la salud de mis encías y mi cuenta bancaria, votando en las elecciones y demás. ¿Esta vida nuestra tiene que estar necesariamente volcada hacia el deber? En ese momento tan negro de mi vida ¿qué justificación me hacía falta para estudiar italiano, aparte de ser lo único que me podía hacer medianamente feliz? Además, tampoco era un objetivo tan heroico querer aprender un idioma. Otra cosa hubiera sido decir a mis 32 años: «Quiero ser la primera bailarina de la compañía de ballet de Nueva York». Estudiar un idioma es algo que se puede hacer de verdad. Así que me apunté en uno de esos sitios de educación continua (conocido como la Escuela Nocturna para Señoras Divorciadas). Al enterarse, mis amigos se tronchaban de la risa. Mi amigo Nick me preguntó: «¿Para qué estudias italiano? ¿Para que —si Italia vuelve a invadir Etiopía y esta vez le sale bien— puedas alardear de que sabes un idioma que se habla en dos países enteros?».

Pero yo estaba encantada. Cada palabra me parecía un gorrión cantarín, un truco de magia, una trufa toda para mí. Al salir de cla-

se volvía a casa chapoteando bajo la lluvia, llenaba la bañera de agua caliente y me metía en un baño de espuma a leer el diccionario de italiano en voz alta, olvidándome de la tensión del divorcio y de todas mis penas. La musicalidad de las palabras me hacía reírme entusiasmada. Cuando me hablaba de mi móvil decía *il mio telefonino* (que quiere decir «mi telefonito»). Me convertí en una de esas personas agotadoras que se pasan la vida diciendo *Ciao!* Pero lo mío era aún peor, porque siempre explicaba de dónde viene la palabra *ciao*. (Ante tanta insistencia diré que es una abreviatura un saludo coloquial que usaban los italianos en la Edad Media: *Son il suo schiavo!*, que quiere decir «¡Soy su esclavo!») Me bastaba con pronunciar esas palabras para sentirme sexy y feliz. Mi abogada divorcista me dijo que no era tan raro. Otra de sus clientas (de origen coreano), después de pasar por un divorcio terrorífico, se cambió legalmente el nombre por uno italiano para volver a sentirse sexy y feliz.

No, si al final, hasta podía acabar yéndome a Italia y todo...

## 7

El otro hecho destacable de aquella época era la recién descubierta aventura de la disciplina espiritual. Este interés nació en mí cuando entró en mi vida una auténtica gurú india, hecho por el estaré eternamente agradecida a David. A mi gurú la conocí la primera vez que fui a casa de David. La verdad es que me enamoré un poco de los dos a la vez. Entré en casa de David y al ver en la cómoda de su cuarto una foto de una mujer india de belleza radiante pregunté:

—¿Quién es ésa?

Él me contestó:

—Es mi maestra espiritual.

Mi corazón dio un vuelco, tropezó y cayó de culo. Pasado el primer susto, mi corazón se puso en pie, se sacudió el polvo, respiró hondo y anunció:

—Yo quiero tener una maestra espiritual.

Me refiero, literalmente, a que fue mi *corazón* el que lo dijo aunque hablara por mi boca. Yo noté perfectamente esa escisión tan extraña, y mi mente salió de mi cuerpo durante unos instantes, se volvió asombrada hacia mi corazón y le preguntó en voz baja:

—¿De verdad quieres eso?

—Sí —respondió mi corazón—. *Sí que quiero.*

Entonces mi mente le preguntó a mi corazón con cierto retintín:

—¿Desde cuándo?

Eso sí que lo sabía yo: desde aquella noche en que me arrodillé en el suelo del cuarto de baño.

Dios mío, pero sí que quería tener una maestra espiritual. En ese mismo instante empecé construirme la situación. Imaginaba a una mujer india de belleza radiante que venía a mi apartamento un par de tardes por semana, y nos veía sentadas en el salón, tomando té y hablando del poder divino, y ella me mandaba leer textos y explicarle el significado de las extrañas sensaciones que tenía yo durante la meditación...

Toda esta fantasía se volatilizó cuando David habló del estatus internacional de esta mujer, de los miles de estudiantes que la seguían, muchos de los cuales no la habían visto nunca. Pero todos los martes por la noche se reunía un grupo de sus devotos para meditar y cantar. David decía: «Si no te asusta la idea de estar en una habitación con cientos de personas que corean el nombre de Dios en sánscrito, vente algún día».

El siguiente martes por la noche fui con él. En lugar de asustarme con los cánticos de aquellas gentes tan normales, me pareció que mi alma se alzaba diáfana entre sus voces. Aquella noche volví andando a casa con la sensación de que el aire me atravesaba, como si fuese una sábana limpia colgada en una cuerda, como si Nueva York fuese una ciudad de papel y yo pesara tan poco como para correr sobre los tejados. Empecé a asistir a las sesiones de cánticos todos los martes. Después empecé dedicar las mañanas a meditar sobre el *mantra* sánscrito tradicional que la gurú da a todos sus alumnos (el regio *Om Namah Sivaya*, que significa «Honro la divinidad que vive en mí»). Entonces oí hablar a la gurú por primera vez y al escuchar sus palabras se me puso toda la piel de gallina, hasta la de la cara. Y cuando supe que tenía un ashram en India, decidí ir a visitarlo lo antes posible.

## 8

Mientras tanto, sin embargo, tenía pendiente un viaje a Indonesia.

Cosa que sucedió, una vez más, porque me habían encargado un reportaje para una revista. Justo cuando empezaba a darme

bastante pena a mí misma por estar arruinada y sola y encerrada en el Campo de Concentración del Divorcio, la directora de una revista femenina me preguntó si no me importaba que me pagara por ir a Bali a escribir un artículo sobre el yoga como opción vacacional. A modo de respuesta le hice una serie de preguntas tipo *¿El agua moja?* y *¿Me lo dices o me lo cuentas?* Cuando llegué a Bali (que, por cierto, es un lugar muy agradable), el profesor que dirigía el centro de yoga nos preguntó: «Ahora que os tengo reunidos, ¿alguien se apunta a hacer una visita a un curandero balinés que es el último de una familia de nueve generaciones?» (otra pregunta demasiado obvia para contestarla) y nos fuimos todos a verlo una noche a su casa.

El curandero resultó ser un vejete pequeño de ojos vivarachos y piel rojiza con una boca bastante desdentada, cuyo parecido con el personaje Yoda de *La guerra de las galaxias* era realmente asombroso. Se llamaba Ketut Liyer. Hablaba un inglés desparramado de lo más ameno, pero había un traductor que nos sacaba del atolladero cuando se atascaba con alguna palabra.

El profesor de yoga nos había dicho que cada uno de nosotros podía hacer al curandero una pregunta o consulta, que el hombre procuraría resolver. Yo llevaba días pensando en qué preguntarle. Al principio no se me ocurrían más que tonterías. *¿Puedes conseguir divorciarme de mi marido?* *¿Volveré a atraer sexualmente a David?* Lógicamente, me avergonzaba de que eso fuese lo único que se me ocurría: ¿a quién se le ocurre recorrerse el mundo entero y tener la suerte de conocer a un anciano curandero en Indonesia para acabar contándole *cosas de hombres?*

Así que, cuando el viejo me preguntó directamente qué era lo que yo quería, logré hallar otras palabras más auténticas.

—Quiero sentir a Dios de una manera más prolongada —le dije—. A veces me parece entender el aspecto divino de este mundo, pero esa sensación nunca me dura, porque me acaban distrayendo mis mezquinos deseos y temores. Quiero estar con Dios siempre. Pero no quiero ser un monje ni renunciar a los placeres terrenos. Creo que lo que quiero hacer es aprender a vivir en este mundo y disfrutar de sus placeres, pero también querría entregarme a Dios.

Ketut me dijo que podía responder a mi pregunta con una imagen. Me enseñó un dibujo que había hecho una vez mientras meditaba. Era una silueta humana andrógina, erguida, con las manos

unidas como si estuviera rezando. Pero la figura tenía cuatro piernas y no tenía cabeza. Donde debería haber estado la cabeza había una especie de maraña de helechos y flores. Y a la altura del pecho había un bosquejo de un rostro sonriente.

—Para hallar el equilibrio que buscas —dijo Ketut, hablando a través de su traductor— te tienes que convertir en esto. Debes tener los pies tan firmemente plantados en la tierra que parezca que tienes cuatro piernas en lugar de dos. De este modo podrás estar en el mundo. Pero debes dejar de mirar el mundo con la mente. Tienes que mirarlo con el corazón. Así llegarás a conocer a Dios.

Entonces me pidió permiso para leerme la mano. Le enseñé la mano izquierda y procedió a juntar mis piezas como si yo fuese un rompecabezas de tres partes.

—Eres una trotamundos —empezó.

Cosa que me pareció quizá un poco obvia, teniendo en cuenta que estaba en Indonesia en ese mismo instante, pero no saqué el tema...

—Nunca he conocido a nadie con tanta suerte como tú. Tendrás una larga vida y tendrás muchos amigos, muchas experiencias. Verás el mundo entero. Sólo tienes un problema en la vida. Te preocupas demasiado. Siempre eres demasiado sensible, demasiado nerviosa. Si te prometo que jamás en la vida vas a tener motivo alguno de preocupación, ¿me creerías?

Asentí nerviosa sin creerle.

—En tu trabajo haces algo creativo, quizá seas algo como una artista, y te pagan mucho dinero por ello. Siempre te pagarán mucho dinero por esto que haces. Eres generosa con el dinero, tal vez demasiado generosa. También veo un contratiempo. Habrá una vez en tu vida en que pierdas todo tu dinero. Creo que tal vez suceda pronto —me dijo.

—Creo que sucederá en cuestión de seis meses, diez como mucho —le expliqué, pensando en mi divorcio.

Ketut asintió como diciendo *Sí, por ahí anda la cosa*.

—Pero no te preocupes —añadió—. Después de haber perdido todo tu dinero volverás a recuperarlo. Saldrás bien parada del asunto. Te casarás dos veces en tu vida. Un matrimonio será corto; el otro, largo. Y tendrás dos hijos...

Casi esperaba que dijera: «Un hijo, corto; el otro, largo», pero de pronto se quedó callado, mirándome la palma de la mano con el ceño fruncido.

—Qué raro —murmuró.

Obviamente, ésa es una expresión que no quieres oír decir ni a tu dentista ni a la persona que te está leyendo la mano. Me pidió que me pusiera directamente debajo de la bombilla para poder verlo mejor.

—Me he equivocado —anunció—. Sólo tendrás un hijo. Será ya bien entrada tu vida, una hija. Tal vez. Si tú lo decides... pero hay una cosa más —dijo con el ceño fruncido y, alzando la mirada con un repentino aplomo, añadió—: Un buen día, pronto, volverás aquí, a Bali. Debes hacerlo. Te quedarás en Bali durante tres meses, o tal vez cuatro. Te harás amiga mía. Tal vez vivas aquí, con mi familia. Yo podré mejorar mi inglés contigo. Nunca he tenido una persona con quien poder practicar inglés. Me parece que se te dan bien las palabras. Creo que este trabajo creativo que haces tiene que ver con las palabras, ¿no?

—¡Sí! —dije—. Soy escritora. ¡Escribo libros!

—Así que eres una escritora de Nueva York —dijo, asintiendo a modo de confirmación—. Pues volverás aquí, a Bali, y vivirás en mi casa y me enseñarás inglés. Y yo te enseñaré todo lo que sé.

Entonces se levantó y se restregó las manos, como diciendo: *Pues no se hable más.*

—Si lo dices en serio, señor mío, me apunto.

Me dedicó una sonrisa desdentada y dijo:

—Hasta luego, cocodrilo.

## 9

Yo soy ese tipo de persona que, si un curandero indonesio de una familia de nueve generaciones de curanderos me dice que estoy destinada a irme a Bali a pasar cuatro meses en su casa, hago todo lo posible por cumplirlo. Y así fue, finalmente, como empezó a cuajar la idea de que tenía de pasarme todo un año viajando. Estaba claro que tenía que conseguir volver a Indonesia como fuera, y esta vez con mi propia pasta. Eso era evidente aunque aún no tenía ni la más remota idea de cómo iba a hacerlo, dado lo caótica y ajetreteada que era mi vida. (No sólo tenía todavía un costoso divorcio pendiente y todo el dramón de David sin solucionar, sino que mi trabajo en una revista me impedía irme a ningún sitio durante tres o cuatro meses seguidos.) Pero *tenía* que volver a ese sitio. ¿No?

¿No me lo había *revelado* ese hombre? Lo malo era que también quería ir a India, al ashram de mi gurú, y un viaje a la India es caro, además de requerir bastante tiempo. Para terminar de complicar las cosas, también estaba empeñada en ir a Italia para poder practicar italiano hablándolo en su contexto, pero también porque me atraía la idea de conocer de cerca una cultura que venera el placer y la belleza.

Todos estos deseos parecían totalmente contrapuestos. Sobre todo el conflicto Italia/India. ¿Qué era más importante? ¿La parte mía que quería ir a comer ternera en Venecia? ¿O la parte mía que quería despertarse mucho antes del amanecer en la austeridad de un ashram para empezar un largo día de meditación y oración? Rumi, el célebre poeta y filósofo sufi, pidió en una ocasión a sus alumnos que hicieran una lista de las tres cosas que más anhelaban en la vida. Si alguno de los elementos de la lista no armoniza con uno de los demás, les advirtió Rumi, os espera la infelicidad. Lo mejor es llevar una vida orientada en una única dirección, les explicó. Entonces, ¿qué hay de los beneficios de vivir armónicamente entre dos extremos? ¿Qué sucedería al crear una vida lo bastante expansiva como para poder sincronizar varios contrarios incongruentes en un esquema vital que no excluyera nada? Mi verdad era exactamente la que había contado al curandero de Bali... Es decir, quería experimentar ambas cosas. Quería los placeres mundanos y la trascendencia divina... la gloria dual de una vida humana. Quería lo que los griegos llamaban el *kalos kai agathos*, el extraordinario equilibrio entre la bondad y la belleza. Había echado ambas de menos durante aquellos años tan tensos, porque tanto el placer como la devoción requieren un espacio sin estrés para poder desarrollarse y yo había vivido en un contenedor gigante de basura y de ansiedad continua. En cuanto al modo de equilibrar el ansia de placer frente al deseo de devoción... sin duda sería cosa de aprenderse el truco. Y en el poco tiempo que había pasado en Bali me daba la impresión de que los balineses podían enseñarme a hacerlo. Quizá hasta pudiera enseñármelo el propio curandero.

*Estar con cuatro pies en la tierra, una cabeza hecha de follaje, mirando el mundo con el corazón...*

Así que abandoné la idea de elegir un país —¿Italia? ¿India? ¿O Indonesia? — y acabé aceptando que quería ir a los tres. Cuatro meses en cada uno. Un año en total. Por supuesto, se trataba de un deseo ligeramente más ambicioso que el de «Quiero comprarme



una caja de lápices». Pero era lo que yo quería. Y sabía que quería escribir sobre ello. No era tanto querer explorar detenidamente esos países, porque eso ya se ha hecho. Era más bien querer explorar detenidamente un aspecto de mí misma con el telón de fondo de cada país en cuestión, donde esa tradición concreta sea algo bien arraigado. Quería explorar el arte del placer en Italia, el arte de la devoción en India y, en Indonesia, el arte de equilibrar ambas. Fue después, tras admitir que tenía ese deseo, cuando descubrí la feliz casualidad de que todos estos países empiezan por la letra *I*. Un indicio bastante halagüeño, me parecía a mí, para un viaje interior.

Llegados a este punto, os pido que imaginéis el pitorreo con el que se tomaron este asunto mis amigos los más bromistas. Así que me había dado por viajar a tres sitios que empezaran por *I*, ¿eh? \* ¿Y por qué no pasaba el año en Irán, Israel e Islandia? O mejor aún, si la cosa iba de triunviratos de *ies*, ¿por qué no hacía una peregrinación a Islip de camino a Ikea por la I-95? Mi amiga Susan me sugirió que montara una ONG sin ánimo de lucro llamada «Divorciadas Sin Fronteras». Pero todas sus bromas cayeron en saco roto, porque aún no estaba libre para irme a ningún sitio. Ese divorcio —tanto tiempo después de haberse acabado mi matrimonio— no tenía visos de llevarse a cabo. Para presionar legalmente a mi marido empecé a hacer cosas siniestras, sacadas de mis peores pesadillas sobre el divorcio, como notificarle la demanda inesperadamente y escribir terroríficas acusaciones legales (requeridas por el código civil de Nueva York) de su supuesta crueldad mental. Eran documentos sin sutileza alguna, sin recoveco alguno para poder decirle al juez: «Oye, mira, es que era una relación muy complicada y yo también cometí errores y lo siento mucho, pero sólo quiero que me dejen marcharme».

(Aquí me detengo a ofrecer una oración por mi amable lector: Ruego por ti para que nunca, nunca pases por un proceso de divorcio en la ciudad de Nueva York.)

En la primavera de 2003 la cosa estaba a punto de ebullición. Un año y medio después de haberme marchado mi marido estaba por fin dispuesto a discutir los términos de un acuerdo. Pues sí,

---

\* En inglés, el pronombre personal *yo* es *I*, de modo que la letra inicial de los países por los que va a viajar la autora tiene, en Estados Unidos, una connotación egocéntrica. (*N. de la T.*)

quería dinero en efectivo y la casa y el título de propiedad del piso de Manhattan, todo lo que yo le había ofrecido desde el primer momento. Pero también me pedía cosas que ni se me habían pasado por la cabeza (un porcentaje de los derechos de autor de los libros que yo había escrito durante el matrimonio, una parte de los derechos cinematográficos potenciales de mi trabajo, una participación en mis pensiones de jubilación...) y entonces no me quedó más remedio que rebelarme por fin. Nuestros abogados llevaban muchos meses de negociación, parecía que sobre la mesa se iba materializando una especie de pacto y daba la impresión de que mi marido podría acabar aceptando un acuerdo modificado. Me iba a salir muy caro, pero ir a los juzgados iba a ser una pérdida de dinero y tiempo infinitamente mayor, por no mencionar la corrosión anímica. Si mi marido firmaba el acuerdo, lo único que tenía que hacer yo era pagar y darme media vuelta. Cosa que, llegados a ese punto, me parecía perfecta. Dado que nuestra relación estaba ya completamente destrozada y que éramos incapaces de tener un trato mínimamente cordial, yo sólo quería largarme por la puerta.

La incógnita era: ¿iba a firmar o no? Fueron pasando las semanas mientras él rebatía cada vez más detalles. Si no se avenía a firmar ese acuerdo, tendríamos que ir a los tribunales. Un juicio implicaba dejarme hasta el último centavo que me quedaba en costas legales. Peor aún, un juicio conllevaba otro año —como poco— de líos y papeleos. Así que, fuera cual fuera su decisión, mi marido (porque seguía siendo mi marido) iba a determinar un año más de mi existencia. ¿Iba a poder viajar a mis anchas por Italia, India e Indonesia? ¿O me iban a hacer un feroz interrogatorio en el sótano de algún juzgado para tomarme declaración sobre el divorcio?

Todos los días llamaba a mi abogada unas catorce veces —¿*se ha sabido algo?*— y todos los días me aseguraba que estaba en ello, que me llamaría inmediatamente si lograba que se firmara el acuerdo. Mi nerviosismo de aquel entonces estaba a medio camino entre ir al despacho del director de un colegio y esperar los resultados de una biopsia. Me encantaría decir que estaba tranquila y en actitud *zen*, pero no era así. Alguna que otra noche, en pleno ataque de furia, di una paliza a mi sofá con un bate de béisbol.

Entre tanto, me había vuelto a separar de David. Esta vez parecía que era definitivo. O puede que no, porque éramos incapaces

de dejarlo del todo. A menudo me entraba un enorme deseo de dejarlo todo por mi gran amor hacia él. Otras veces me dejaba llevar por el instinto contrario, que era poner entre nosotros la mayor cantidad posible de continentes y océanos que pudiera con la esperanza de hallar la paz y la felicidad.

Ya me habían salido arrugas en la cara, unos surcos permanentes en el entrecejo, de tanto llorar y preocuparme.

Y en medio de todo eso me iban a publicar un libro que había escrito hacía un par de años, y tenía que hacer una pequeña gira de promoción. Para no ir sola, me llevé a mi amiga Iva, que tiene mi edad, pero se crió en Beirut, en Líbano. Eso significa que, mientras yo hacía deporte y me presentaba a pruebas musicales en una escuela secundaria de Connecticut, ella pasaba cinco noches de cada siete agazapada en un refugio antiaéreo, intentando que no la mataran. No entiendo cómo un contacto con la violencia tan temprano como intenso ha podido crear una alma tan serena, pero Iva es una de las personas más tranquilas que conozco. Además, tiene lo que yo llamo «el batmóvil del universo», una especie de conexión personal con los poderes sagrados que le funciona veinticuatro horas al día.

El caso es que íbamos las dos en coche por Kansas y yo estaba en mi estado habitual de sudor frío por el acuerdo de divorcio —¿*firmará?* ¿*no firmará?*— cuando le dije a Iva:

—No creo que resista un año más de pleitos. Una intervención divina es lo que me hace falta. Ojalá pudiera escribir una *petición* a Dios, pidiéndole que ponga fin a esta historia.

—¿Y por qué no lo haces? —me contestó ella.

Explicué a Iva mis opiniones sobre el asunto de la oración. Es decir, que no me parece bien pedir a Dios cosas concretas, porque lo veo como una especie de falta de fe. No me gusta decirle: «¿Puedes cambiar esto o aquello que no me funciona en la vida?». Porque —¿quién sabe?— tal vez Dios quiera ponerme ese reto por algún motivo concreto. En cambio, prefiero rezar para pedirle valor para enfrentarme a lo que me suceda en la vida con ecuanimidad, sin importarme los resultados.

Después de escucharme educadamente Iva me preguntó:

—¿De dónde te has sacado esa idea tan tonta?

—¿Cómo dices?

—¿De dónde te has sacado que no puedes usar la oración para pedir algo al universo? Tú formas parte de este universo, Liz.

Eres un componente más. Tienes todo el derecho del mundo a participar en el funcionamiento del universo y a permitir que se conozcan tus sentimientos. Así que date a conocer. Expón tu caso. Créeme, al menos te escucharán.

—¿En serio? —dije muy sorprendida.

—En serio. Vamos a ver, si fueras a escribir una petición a Dios ahora mismo, ¿qué dirías?

Me lo pensé durante unos segundos. Después saqué un cuaderno y escribí esta petición:

*Querido Dios:*

*Por favor, intervién para ayudarme a acabar con este divorcio. Mi marido y yo hemos fracasado en nuestro matrimonio y ahora estamos fracasando en nuestro divorcio. Este proceso tan venenoso nos está haciendo sufrir enormemente, a nosotros y a todos los que nos quieren.*

*Sé perfectamente que tienes que ocuparte de guerras y tragedias y conflictos mucho mayores que la última bronca de una pareja disfuncional. Pero tengo entendido que la salud del planeta se ve afectada por la salud de todos los individuos que lo habitan. Mientras dos almas se hallen en desacuerdo, el mundo entero se verá contaminado por su disputa. De igual modo, si al menos dos almas se liberan de la discordia, esto incrementará la salud general de todo el planeta, igual que un grupo de células sanas incrementa la salud general del cuerpo donde se hallen.*

*Por tanto, mi humilde petición es que nos ayudes a poner fin a este conflicto para que al menos dos personas puedan disfrutar de la libertad y la salud, y para que haya un poco menos de animosidad y amargura en un mundo ya sobrecargado de sufrimiento.*

*Te agradezco tu amable atención.*

*Respetuosamente,*

*Elizabeth M. Gilbert*

Se lo leí a Iva, que asintió para mostrar su aprobación.

—Eso podía haberlo firmado yo —dijo.

Le pasé la petición y un bolígrafo, pero, como era ella la que conducía, me dijo:

—No, porque es como si ya lo hubiera firmado. Lo he firmado con el corazón.

—Gracias, Iva. Te agradezco tu apoyo.

—¿Y quién más estaría dispuesto a firmarlo? —me preguntó.

—Mi familia. Mi madre y mi padre. Mi hermana —contesté.

—Vale —dijo—. Pues acaban de hacerlo. Da sus nombres por añadidos. He notado cómo firmaban. Ya están en la lista. Vamos a ver... ¿Quién más lo firmaría? Dime nombres.

Así que empecé a decir nombres de todas las personas que probablemente estuvieran dispuestas a firmar la petición. Cité a mis mejores amigos, a algunos parientes y a varias personas con las que trabajaba. Después de cada nombre Iva decía muy convencida: «Pues sí. Ése lo acaba de firmar» o «Ésa lo ha firmado ahora mismo». A veces incluía a firmantes de su propia cosecha, como: «Mis padres lo acaban de firmar. Criaron a sus hijos durante una guerra y odian el sufrimiento inútil. Se alegrarían de ver acabar tu divorcio.

Cerré los ojos para ver si se me ocurrían más nombres.

—Creo que Bill y Hillary Clinton lo acaban de firmar —dije.

—No me extraña —dijo ella—. Mira, Liz, esta petición la puede firmar todo el mundo. ¿Lo entiendes? Tú llama a quien sea, vivo o muerto, y empieza a recolectar firmas.

—¡San Francisco de Asís lo acaba de firmar! —exclamé.

—¡Pues claro que sí! —dijo Iva, dando una firme palmada en el volante.

Y ahí me disparé:

—¡Ha firmado Abraham Lincoln! Y Gandhi, y Mandela, y todos los pacifistas. Eleanor Roosevelt, la madre Teresa, Bono, Jimmy Carter, Mohamed Alí, Jackie Robinson y el Dalai Lama... y mi abuela la que murió en 1984 y mi abuela la que vive... y mi profesor de italiano, mi terapeuta y mi agente... y Martin Luther King y Katharine Hepburn... y Martin Scorsese (aunque no era de esperar, pero es un detalle por su parte)... y mi gurú, por supuesto... y Joanne Woodward, y Juana de Arco, y la señora Carpenter, mi profesora de cuarto curso, y Jim Henson...

Me salían nombres a chorros. No dejaron de salirme en casi una hora mientras recorríamos Kansas en coche y mi petición de paz se alargaba al incluir una página invisible tras otra de partidarios. Iva los iba confirmando —*sí, ése lo ha firmado; sí, ésa lo ha firmado*— y me empecé a sentir muy protegida, rodeada de la buena voluntad colectiva de tantas almas poderosas.

Al ir acabando de completar la lista, también se me fue quitando la ansiedad. Me entró sueño. Iva sugirió:

—Échate una siesta. Ya conduzco yo.

Cerré los ojos y apareció un último nombre.

—Ha firmado Michael J. Fox —murmuré antes de quedarme dormida.

No sé cuánto dormí, puede que sólo diez minutos, pero fue un sueño profundo. Cuando me desperté, Iva seguía al volante. Estaba canturreando una cancioncilla.

Bostecé y sonó mi teléfono móvil.

Miré el *telefonino* que vibraba como loco en el cenicero de nuestro coche alquilado. Estaba desorientada, como si la siesta me hubiera dejado con una especie de *colocón* que me impedía recordar cómo funciona un teléfono.

—Venga —dijo Iva, como si supiera quién era—. Contesta.

Cogí el móvil y susurré hola.

—¡Buenas noticias! —anunció mi abogada desde la lejana Nueva York—. ¡Acaba de firmarlo!

## 10

Varias semanas después ya vivo en Italia.

He dejado mi trabajo, pagado los gastos y costas de mi divorcio, cedido mi casa, cedido mi apartamento, guardado los pocos objetos que me quedaban en casa de mi hermana y me he venido con dos maletas. Mi año de viaje acaba de empezar. Y puedo permitirme hacerlo gracias a un milagro asombroso: mi editor ha comprado, por adelantado, el libro que voy a escribir sobre mis viajes. Es decir, que todo ha salido tal y como había predicho el curandero indonesio. Iba a perder todo mi dinero, pero lo iba a recuperar inmediatamente, o al menos lo suficiente para costearme un año de vida.

Así que ahora vivo en Roma. El apartamento que he encontrado es un estudio tranquilo en un edificio histórico, situado a escasas manzanas de la Piazza di Spagna, velado entre las sombras de los jardines Borghese, en la calle que da a la Piazza del Popolo, donde los romanos hacían sus carreras de cuadrigas. Huelga decir que este barrio no tiene la grandiosa elegancia del barrio donde vivía en Nueva York, a la entrada del túnel de Lincoln, pero...

Me vale.

## 11

Lo primero que comí en Roma no fue nada del otro mundo. Una sencilla pasta casera (espaguetis a la carbonara) y unas espinacas salteadas con ajo. (Espantado ante la comida italiana, el gran poeta romántico Shelley escribió una carta a un inglés amigo suyo: «Las jóvenes de cierta posición comen algo que no te puedes ni imaginar: ¡Ajo!») Y también tomé una alcachofa, sólo por probarla; los romanos están muy orgullosos de sus alcachofas. Y, además, la camarera me sorprendió con un plato «regalo-de-la-casa»: una ración de flores de calabacín fritas con una pizca de queso blando en el centro (un manjar tan delicado que las flores no debían ni saber que ya no estaban en la viña). Después de los espaguetis probé la ternera. Ah, y también pedí una botella de tinto de la casa, todo para mí. Y tomé pan tostado con aceite de oliva y sal. De postre, tiramisú.

Al volver andando a casa después de esa cena, sobre las once de la noche, oí mucho ruido en uno de los edificios de mi calle, un barullo que sonaba a una convención de niños de 7 años... ¿Una fiesta de cumpleaños tal vez? Risas y gritos y un estrépito de pasos. Subí las escaleras hasta mi apartamento, me tumbé en mi cama nueva y apagué la luz. Medio esperaba que me diera una llojera o un ataque de angustia, que es lo que solía pasarme al apagar la luz, pero me encontraba muy bien. Estupendamente, la verdad. Incluso me pareció notar los primeros síntomas de una cierta felicidad.

Mi cuerpo agotado preguntó a mi mente exhausta:

—Esto es cuanto necesitabas, ¿entonces?

No hubo respuesta, porque ya estaba dormida como un tronco.

## 12

En todas las ciudades importantes de Occidente hay una serie de cosas que se repiten. Se ven los mismos hombres africanos vendiendo copias de los mismos bolsos y gafas de marca, y los mismos músicos guatemaltecos tocando *Puente sobre aguas turbulentas* con sus flautas de caña. Pero algunas cosas sólo te pasan en Roma. Como lo del hombre del mostrador de los bocadillos, que me llamaba *guapa* tranquilamente todas las veces que lo veía. ¿Este pa-

*nino* lo quieres tostado o frío, *bella*? O lo de las parejas comiéndose a besos en todas partes, como si participaran en algún concurso, retorciéndose juntos en los bancos, acariciándose el pelo y la entrepierna uno al otro, achuchándose y restregándose sin parar...

Y luego están las fuentes. Plinio el Viejo escribió sobre ello: «Si alguien se para a pensar en la abundancia del suministro público de agua para baños, cisternas, zanjas, casas, jardines y mansiones; y toma en consideración la distancia que recorre el preciado líquido, los arcos erigidos, las montañas perforadas, los valles recorridos, tendrá que admitir que no hay nada tan maravilloso en el mundo entero».

Varios siglos después me cuesta decidir cuál es mi fuente romana preferida. Una de ellas está en la Villa Borghese. El elemento central es una juguetona familia esculpida en bronce. El papá es un fauno y la mamá es una mujer humana normal. Tienen un niño al que le gusta comer uvas. Papá y mamá están en una postura extraña: uno frente al otro, cogidos de las muñecas, los dos inclinados hacia atrás. No se sabe si tiran uno del otro con cierto enojo o si están bailoteando alegremente, pero hay mucha energía entre ellos. Sea como fuere, el retoño está encaramado sobre las muñecas, ajeno a su enojo o alegría, picoteando su manojito de uvas. Sus pequeñas pezuñas se balancean en el aire mientras come. (Ha salido al padre.)

Estamos a principios de septiembre de 2003. Hace un calor perezoso. Llevo ya cuatro días en Roma y mi sombra no ha oscurecido aún la puerta de ninguna iglesia o museo, ni tan siquiera he ojeado una guía. Pero he estado paseando incansablemente, sin rumbo, hasta que al final he dado con un sitio diminuto donde, según un amable conductor de autobús, tienen «el mejor *gelato* de Roma». Se llama Il Gelato di San Crispino. No estoy segura, pero creo que quizá pueda traducirse como «el helado del santo crucijente». He probado una mezcla del de miel con el de avellana. Ese mismo día vuelvo para probar el de pomelo y el de melón. Y por la noche del mismo día voy por última vez para tomar una copita del de canela con jengibre.

He procurado leerme un artículo de periódico todos los días, por mucho que tarde. Busco en el diccionario aproximadamente una de cada tres palabras. La noticia de hoy era apasionante. Cuesta imaginar un titular más dramático que «Obesità! I Bambini Italiani Sono i Più Grassi d'Europa!» ¡Santo Dios! ¡Obesidad! El ar-



tículo, creo, dice que los niños italianos son ¡los más gordos de Europa! Al seguir leyendo me entero de que los niños italianos son considerablemente más gordos que los alemanes y muchísimo más gordos que los franceses. (Afortunadamente, no los comparan con los niños estadounidenses.) Estas alarmantes cifras sobre la gordura infantil italiana las reveló ayer —aquí no hay necesidad de traducir— un grupo de corresponsales internacionales. Tardé casi una hora en descifrar el artículo entero. Mientras tanto, comía pizza y escuchaba a un niño italiano que tocaba el acordeón en la acera de enfrente. El chaval no me parecía muy gordo, pero quizá fuera por ser gitano. No sé si capté bien la última frase o no, pero me pareció entender que el Gobierno se estaba planteando subir los impuestos a los obesos para combatir la crisis de sobrepeso italiana... ¿Sería verdad eso? Después de varios meses de comer a este ritmo ¿vendrán por mí?

También es importante leer el periódico todos los días para ver qué tal le va al Papa. Aquí en Roma la salud del Papa sale en el periódico todos los días, como el parte meteorológico o la programación televisiva. Hoy el Papa está cansado. Ayer el Papa estaba menos cansado de lo que está hoy. Mañana esperamos que el Papa no esté tan cansado como estaba hoy.

Para mí, esto es como una especie de paraíso del lenguaje. Teniendo en cuenta que siempre he querido hablar italiano, ¿dónde mejor que en Roma? Es como si alguien hubiera inventado una ciudad adaptada a mis requisitos, donde todos (¡hasta los niños, los taxistas y los actores de los anuncios!) hablan el mismo idioma mágico. Es como si toda la sociedad conspirase para enseñarme italiano. ¡Hasta publican sus periódicos en italiano mientras esté yo aquí; ¡no les importa!) ¡Hay librerías que *sólo venden libros en italiano!* Me topé con una de esas librerías ayer por la mañana y me dio la impresión de haber entrado en un palacio encantado. *Todo* estaba en italiano, hasta los cómics estadounidenses del Dr. Seuss. Me di un buen paseo por la tienda, tocando todos los libros, pensando que ojalá quienes me vieran me tomaran por una oriunda del lugar. Por Dios, ¡qué ganas tengo de desentrañar el misterio del italiano! Era como cuando tenía 4 años y aún no sabía leer, pero estaba deseando aprender. Recuerdo estar sentada con mi madre en la consulta de un médico con una revista femenina en la mano, pasando las páginas lentamente, mirando fijamente al texto para que todos los *mayores* creyeran que sabía leer. No había vuelto a sen-

tirme tan incomprendida desde aquel día. En esa librería tenían versiones bilingües de algunos poetas estadounidenses con la versión original a un lado de la página y la traducción italiana al otro. Compré un libro de Robert Lowell y otro de Louise Glück.

Por todas partes surgen, espontáneamente, clases de conversación. Hoy estaba sentada en el banco de un parque cuando una mujer diminuta vestida de negro se me acercó, se me instaló al lado y empezó a echarme la bronca por algún motivo. Muda y desconcertada, negué con la cabeza. Me disculpé, diciéndole en un italiano muy académico: «Lo siento, pero no hablo italiano», y ella me miró como si quisiera pegarme con una cuchara de madera en caso de haberla llevado encima. Insistió: «¡Claro que me entiende!» (Curiosamente, tenía razón. Esa frase *sí* que la entendía.) Entonces quiso saber de dónde era yo. Le dije que era de Nueva York y le pregunté de dónde era ella. Pues... de Roma. Al oírlo decirlo, aplaudí como una niña pequeña. *¡Ah, Roma! ¡La hermosa Roma! ¡Me encanta Roma! ¡Qué bonita es Roma!* La mujer escuchó mis toscas rapsodias con bastante escepticismo. Entonces decidí ir al grano y me preguntó si estaba casada. Le dije que estaba divorciada. Era la primera vez que se lo contaba a alguien y resultó ser en italiano. Por supuesto, me preguntó: *Perché?* Y explicar el porqué de algo es bastante complicado, sea en el idioma que sea. Tartamudeé y al fin logré decir: *L'abbiamo rotto* (Lo habíamos roto).

Ella asintió, se puso en pie, caminó hacia su parada de autobús y no volvió la cabeza para mirarme ni una sola vez. ¿Se habría enfadado conmigo? Increíblemente, pasé veinte minutos más sentada en ese banco con la descabellada esperanza de que tal vez volviera para retomar nuestra conversación, pero no volvió. Se llamaba Celeste, que se pronuncia con *ch*, como violonchelo.

Ese mismo día me topé con una biblioteca. Por Dios, cómo me gustan las bibliotecas. Como estamos en Roma, la biblioteca es antigua y bella, y dentro tiene un patio ajardinado que uno no se espera al ver el edificio desde la calle. El jardín es un cuadrado perfecto salpicado de naranjos y en el centro tiene una fuente. Vi enseguida que aquella fuente iba a ser una candidata a convertirse en mi fuente romana preferida, aunque no se parecía a ninguna de las que había visto por ahora. Para empezar, no era de mármol imperial. Era una pequeña fuente orgánica, cubierta de musgo verde. Era como una mata de helechos desmadejada y húmeda. (De hecho, era exactamente como la maraña de hojas que tenía en la ca-

beza la figura orante que me había dibujado el curandero indone-sio.) Del centro de aquel arbusto florido brotaba un chorro de agua que rociaba las hojas, llenando el patio entero de un murmullo her-moso y melancólico.

Vi un buen sitio para sentarme, bajo un naranjo, y abrí uno de los libros de poesía que había comprado ayer. Louise Glück. Leí el primer poema en italiano, luego en inglés, y me paré en seco al lle-gar a este verso:

*Dal centro della mia vita venne una grande fontana...*

«Del centro de mi vida brotaba una gran fuente...».

Apoyándome el libro en el regazo, me estremecí aliviada.

### 13

A decir verdad, no soy la mejor viajera del mundo.

Lo sé porque he viajado mucho y he conocido gentes a las que se les da muy bien. Viajeros natos. Algunos son tan robustos que podrían beberse un par de litros de agua de una alcanta-rilla de Calcuta sin ponerse enfermos. Gente capaz de *pillar* un idioma exótico donde los demás sólo pillan una infección. Gen-te que sabe poner en su sitio a un policía malencarado o al fun-cionario arisco encargado de dar los visados. Gente que tiene la altura y la pinta perfectas para parecer *normal*, sea donde sea; en Turquía podrían ser turcos, en México de repente son mexicanos, en España los toman por vascos, en el norte de África a veces los toman por árabes...

Yo, en cambio, no tengo ninguna de esas aptitudes. Para em-pezar, no me fundo con el entorno. Alta, rubia y de piel rosada, en lugar de un camaleón parezco un pájaro flamenco. Vaya donde vaya, quitando Dusseldorf, desentono a tope. Cuando estuve en China, la gente se me acercaba por la calle para que sus hijos pu-dieran verme bien, como si fuera un animal escapado de un zoo. Y los susodichos niños —que nunca habían visto nada semejante a una persona de piel rosada y pelo amarillo— a menudo se echa-ban a llorar al verme. China tenía eso de malo.

Se me da mal (o, mejor dicho, me da pereza) documentarme antes de un viaje y lo que suelo hacer es plantarme en el sitio a ver qué pasa. Cuando se viaja así, lo típico es tirarte horas en una esta-ción de tren sin saber qué hacer o gastarte muchísimo dinero en

hoteles porque no te enteras de nada. Mi escaso sentido de la orientación y mi despiste geográfico me han llevado a explorar los continentes sin tener ni la más remota idea de dónde estoy cada momento. Aparte de mi disparatado compás interno, también tengo una falta de soltura evidente, cosa que puede ser bastante desastrosa al viajar. No sé poner ese gesto vacuo de competente invisibilidad que resulta tan útil al viajar por países desconocidos y peligrosos. Ya sabéis, esa pinta relajada de controlar totalmente el cotarro que te hace parecer «uno más» en todas partes, estés donde estés, aunque sea en mitad de un disturbio en Yakarta. Pues a mí no me pasa. Cuando no sé de qué va el tema, tengo cara de no saber de qué va el tema. Cuando estoy ansiosa o nerviosa, tengo cara de estar ansiosa o nerviosa. Y cuando me pierdo, cosa que me pasa con frecuencia, tengo cara de haberme perdido. Mi rostro es un transmisor transparente de todos mis pensamientos. Como dijo David una vez: «Tu cara es todo lo contrario de una cara de póquer. Tú tienes más bien... cara de minigolf».

Por no hablar, ay, ¡del sufrimiento que me han infligido tanto viaje en el sistema digestivo! La verdad es que no quiero abrir esa caja de Pandora, por así decirlo, pero baste decir que he experimentado todos los extremos de la emergencia digestiva. En Líbano pasé una noche de indisposición tan explosiva que pensé que debía de haber contraído el virus del Ébola en versión Oriente Medio. En Hungría sufrí una molestia intestinal totalmente distinta que cambió para siempre mi manera de entender el término *bloqueo soviético*. Pero también tengo otras debilidades corporales. Se me pinzó la espalda en el primer día de un viaje por África, fui la única en salir de las selvas venezolanas con unas picaduras de araña infectadas y decidme —¡os lo ruego!— si conocéis a alguien más que se haya quemado la piel en Estocolmo.

Aun así, pese a todo ello, viajar es el gran amor de mi vida. Siempre he pensado, desde los 16 años, cuando me fui a Rusia con lo que había ahorrado cuidando niños, que todo gasto o sacrificio son válidos con tal de poder viajar. Mi amor por el viaje es constante y fiel aunque en mis otros amores no he tenido la misma constancia y fidelidad. Un viaje despierta en mí lo mismo que siente una madre por su bebé insoportable, diarreico y nervioso: me importa un bledo lo mucho que me haga sufrir. Porque lo adoro. Porque es mío. Porque es clavado a mí. Me puede vomitar encima todo lo que quiera. Me da igual.